

1/17065

PAP.

ELOGIO

Leg. 27.

Á LOS ILUSTRES DEFENSORES

DE

ZARAGOZA

~~LVI~~
~~B-99~~

EN SUS DOS SITIOS DEL AÑO DE 1808.

Por un individuo de las Escuelas Pias.



MADRID:

IMPRENTA DE FERMIN VILLALPANDO.

1815.

BILOGIO

A LOS ILUSTRES DEBENSORES

DE

SARAGOSA

EN SUS DOS SITIOS DEL AÑO DE 1808.

Fortes Creantur fortibus et bonis.

De Valientes y buenos nacen los Valientes.

De Q. Horacio Haco. Lib. IV. Od. IV.

MADRID:

IMPRESA DE BERNINI VILLARDO.

1815

Si el presente elogio fuese obra de estos dias en que V. E. representa al lado del Monarca el honroso papel que le merecieron sus altos servicios; diria la malicia que era dictado por el interés y la adulacion: pero yo le escribí en el año nueve para desabogar mi pecho agradecido, y dar un testimonio de alabanza al Aragon insultado impunemente; quando nuestras cosas ofrecian el cuadro mas triste que jamas se ha visto, y aun se dudaba de la exístencia de V. E. Mi deseo es manifestar y ensalzar la virtud donde se halla, y cerrar la boca á los muchos imprudentes y necios que no son capaces

de producirla, ni jamas supieron imitarla. Si mi eloqüencia fuera igual á mi deseo, Zaragoza, el Aragon y V. E. pasarian con tanta gloria á la posteridad, que ésta distinguiese la grandeza de las acciones que se executaron en aquel glorioso teatro, sin atreverse contra ellas el negro diente de la envidia. Esta es la expresion de la verdad que dedica á V. E. su mas atento y apasionado Cap.

Q. B. L. M. de V. E.

Bartolomé Miralles de S. Antonio.

ESPAÑOLES.

En el principio afortunado de nuestra revolucion , en que pospuestas las pasiones y miras particulares, dominaba solamente el amor del Rey cautivo , el de la Religion y Pátria tiranizada ; adquirieron los Españoles aquellas dos virtudes que forman el carácter de los pueblos grandes , la verdad y la justicia : tributando elogios y alabanzas al que los merecia por sus servicios , honrando mas al que mas se distinguia en la árdua y peligrosa empresa que acometimos , de sacudir un yugo que pesaba ya demasiado sobre nuestros cuellos. El magnánimo pueblo de Madrid que con la espada á la garganta y el cañon al pecho arrojó aquel indignado *No* que contuvo al bárbaro Murat , y movió la asonada mas formidable que han oído los tiranos , arrebató hácia sí

los ánimos de todos; no habiendo lenguas ni plumas que bastasen á celebrar los portentos del memorable *Dos de Mayo*. Y quando en las márgenes del Ebro se oyó aquella voz amenazadora de Palafox, que empezó dictando leyes al que venia de darlas á la Europa atemorizada, se encendió la llama del patriotismo, y dilatado el espíritu público con la intrepidéz y bizarría del nuevo Campeon que salia á provocar al Tigre encarnizado, no hubo uno que no admirase la elevacion de su alma, baxada al parecer del Cielo, para salvar un pueblo que tenia abierta á sus pies la hoya de su perdicion. Atónitas las provincias á vista de aquel sublime é inimitable Manifiesto con que Palafox puso en espectacion á todo el mundo, preguntaban entre sí: ¿y en qué funda este Gran Capitan la esperanza de tamaño empeño? Veian el Aragon flanqueado del enemigo por todas partes, sin plazas, sin

(3)

ejército, sin xefes, sin tiempo para levantar gente, sin tesoro para armarla, sin lugar seguro para amaestrarla, sin comunicacion con un gobierno, ni con los demas pueblos invadidos ó amenazados que pudieran auxiliarle: pues ¿dónde libra este hombre extraordinario la victoria que promete contra el frances guerrero que ya se dexa caer desde Pamplona? ¿dónde apoya la seguridad que infunde á sus leales Aragonenses contra las águilas feroces que están ojeando ya la presa? Y arrebatadas del vivo interés que inspira la virtud donde quiera que resplandece, dieron el honor debido á aquel dichoso mortal, que puesto al frente de un gran pueblo, cifraba no mas que en su fidelidad y su constancia el feliz éxito de una obra que emprendia con asombro de las presentes y futuras generaciones. Entonces se habria tragado la tierra al Español malévolo ó cobarde que hubiese querido motejar la conduc-

ta de Palafox con el dictado de *jóven inesperto*, con el que en todos tiempos y en todos los estados suele rebaxar la envidia las acciones heróycas y virtuosas.

Pues ¿por qué trastorno de ideas, ó porque nuevo género de ingratitude y de malicia se ha tolerado en nuestra España poner en duda los méritos de Palafox y del Aragon, que cumplió la grandeza de sus palabras con una larga série de obras todavia mas grandes? ¿Por qué se ha consentido maldecir sacrílegamente la memoria de un héroe sacrificado en las aras de la lealtad y de la Pátria, y obscurecer la gloria de un pueblo que cerró el gran libro de la antigüedad, debiendo empezar por él la historia moderna del heroísmo? ¿Por qué se apagó el golpe de voz que dió la Junta Central de 10 de Marzo de 1809, en el que presentando á Palafox y á Zaragoza como el modelo mas acabado de fidelidad, de

patriotismo y de constancia, que debían seguir los demás hombres y pueblos; les prodigaba tantas honras, tantas bendiciones y tantas gracias que pudieran mitigar la aflicción de la desolada Zaragoza, y restituir la vida de la inmortalidad á los valientes que murieron batallando? ¿Por qué no cumplió la solemne promesa que hizo á la faz de la Europa de premiar las dos mejores piezas de eloqüencia y poesía que se consagrasen al mérito de tan ilustres guerreros, que sin arte ni conocimiento de una táctica destructora trabaron formidables choques, sangrientos combates y batallas espantosas que se contarán de generacion en generacion? ¿Qué dirán de nosotros las Naciones Européas que amarradas á la cadena continental reconocieron la magnanimidad de un gefe, que con un pueblo desarmado osó irritar la furia de Napoleon quando estaba mas exáltada, y quando ya todas gemian

baxo su látigo sangriento? ¿Esas Naciones que defendidas con fuertes y recias barreras, y con baluartes, al parecer insuperables, se vieron allanadas tan pronto como invadidas, sin poderse rebullir contra la vigilancia de su tiránico opresor? Viendo á quanta costa procuró Palafox con sus invictos Aragoneses la libertad de su Rey y la independendencia de España; y el olvido á sí mismo y maldicion á que luego los condenó nuestra ruindad, ¿qué dirán de nosotros los Monarcas que fiando su salvacion en el número y valor de sus tropas aun no pudieron sostenerse contra la fiera pujanza de un usurpador que destronó á los unos, sujetó á los otros, humilló á estos y domó á aquellos, forzándolos á todos sin arbitrio á respetar su imperio y señorío? ¿Esos príncipes rendidos, que rotos sus cetros y coronas no encontraban tierra donde respirar de sus desgracias; y solo concibieron

alguna esperanza de salud, oyendo que un pueblo solo, sin muralla y sin ejército desafió y rompió los ímpetus de un enemigo irresistible? Quando sepan nuestros nietos que á Palafox y á Zaragoza son deudores de la felicidad que gocen, viviendo baxo el gobierno justo de un Monarca amado, ¿qué sentirán de sus padres que ciegos y locos los negaron esta gloria, persiguiéndolos con amargas invectivas? ¿Que juicio formará de esto la posteridad quando lea la política infernal de Bonaparte, que inundó la Europa de sangre y de maldades, y sus horribles conquistas, y su inaguantable despotismo, y que toda la tierra iba á ser esclava suya sino hubiera habido una Ciudad guerrera, y un hombre superior á la flaqueza humana, que ardiendo en deseo de salvar á su Rey y amada Pátria, no se hubiesen sacrificado por conseguirlo? ¿Y qué no sentirán las almas de los muchos héroes que ca-

yeron en aquella lid gloriosa , y baxaron al sepulcro satisfechos de haber merecido la bendicion de los vivos , á cuyo bien estar y existencia habian consagrado la suya?

Almas ilustres y dichosas , descansad en el silencio de la tumba, que ya llegará el dia feliz en que recobren sus derechos la verdad y la justicia ; derechos que usurparon el interés y la cabala , y la indecente guerra de opiniones que sucedió á la justísima guerra que vosotras encendisteis para redimir á vuestro ídolo Fernando. Fernando vive, y reynará felizmente para desagraviaros de la usurpacion de gloria y de buen nombre que os ha quitado en medio de las turbulencias la iniquidad de algunos egoistas que pensaron labrar su fortuna sobre vuestra total destruccion. El Príncipe que reynó en vosotros exclusivamente , que os pidió los mayores sacrificios , y gustosos los hicisteis ; el Príncipe por quien derra-

masteis la sangre sin pesar, y habriais ofrecido una vida en cada hora, entrará en el glorioso campo de vuestro honor en hombros de vuestros hijos cogiendo todo el fruto de vuestros triunfos. Este Príncipe justo, y el inmortal caudillo que dichosamente sobrevive para ser el apoyo del huérfano y de la viuda Aragonesa, baxarán á vuestra tumba, y besando esas cenizas sagradas, donde yace depositado el honor y el valor y la fidelidad mas acendrada, y el amor mas puro, las esparcirán por nuestro suelo, y naciendo la virtud de la virtud huirán los vicios asustados; y no habrá Español que no os honre, no habrá Español que no os bendiga, y sensible al bien que goza, confesará que lo debe en gran manera á los invictos Zaragozaños que sellaron con su sangre el juramento de morir por su Religion, por su Rey y por su Pátria, abriendo una senda no trillada pa-

ra la inmortalidad y el heroísmo. Al fin de tanto estrago y tanta sangre como ha costado la soñada renovacion de las viejas Monarquías, han conocido los sabios y los ignorantes que los pueblos deseosos de recobrar sus derechos hallaron su ruina donde esperaban encontrar su salvacion, y que para ellos no hay mas felicidad sólida, ni bien mas cierto que el de conseguir un Rey pacífico y amante de sus vasallos que reyne en medio de ellos como un padre en el seno de su familia. El Aragon, severo por carácter y rigor de disciplina, tenáz observador de sus antiguas instituciones, y segun ellas, amantísimo de sus Reyes, jamas se habia prestado á las solapadas máximas de reforma que nos traian los políticos de la montaña, y que fueron las precursoras de los exercitos franceses, sentia amargamente el peso de la ignominia *Godoyana*, mas nunca fué tan insensato que

esperase el remedio del usurpador de los imperios, y al acercarse á España le miró como un cometa infausto y espantoso. Pero Fernando fué elevado al trono por una providencia especial del Dios que vela sobre nosotros, y al ver los felices agüeros con que señaló los primeros dias de su reynado, el Aragon lo esperó todo de su bondad, y ya no temió ni las tramas cortesanas, ni las asechanzas de los perfidos amigos, ni la violencia de un impío prosperado, ni el poder de sus legiones, ni sus bayonetas ensangrentadas, resuelto á defender su Rey y su Corona contra los rebeses de una suerte desatinada. Esto significa la sublime peticion que en Vitoria hicieron á Fernando los diputados de Zaragoza, *de que fuese ella la primera que se sacrificara en su defensa*; esto el entusiasmo ardiente con que se levantaron los hijos del Aragon á la voz de Fernando cautivo, esto la decidida

prontitud con que corrieron á tomar las armas; esto la fogosidad con que volando á la Capital, no bien habian llegado quando reunidos al lado del animosísimo Palafox marcharon á buscar al enemigo que con su inata presuncion y petulancia venia á posesionarse de la ciudad de Augusto, y esto la firmeza con que una tropa tumultuaria y mal trazada, de cuerpos estebados, sin vestir ni organizar, y con las armas que daba á cada uno su cólera, contuvieron algun tiempo la rapidéz de unas legiones que Bonaparte hacia correr poco menos que su furiosa fantasia. Tenedos, les diria yo, que nobles conquistadores no batallan con enemigos desarmados, ni asestan sus máquinas contra las débiles tapias de los pueblos: que se arme el Aragon y habrá campo donde obre el valor, y donde esos batallones preciados de invencibles despleguen su táctica y sus brios. Pero Bonaparte no cono-

ce el honor, ni aun la decencia, y trata de castigar á Palafox como un señor la insolencia de su esclavo. ¡ Desgraciado jóven, esclamarou los sábios militares de España, te pierde tu ardimiento! y ellos han perdido á la pátria con sus cálculos errados. ¿ Quién midió jamas la estension de una alma grande? ¿ Quién pesó las fuerzas de un pueblo magnánimo ultrajado? Solo Palafox conoció á Palafox, y ninguno mas que él á su Aragon, y este al General que se eligió. Palafox fué testigo ocular de la injuria de su Rey, vió los males de la pátria; sintiólos vivamente, y herido su espíritu de este sentimiento se eleva y engrandece. Palafox en adelante es el nombre del patriotismo, del valor, de la magnanimidad y de la constancia. No se le considera ya como jóven militar ó político, sino como Príncipe poderoso en obras y palabras: Palafox es el Angel tutelar de nuestra España y de la huma-

nidad afligida : Palafox cria un nuevo mundo militar , eleva sus principios á un grado desconocido hasta aqui de los hombres , y penetrando los anchos pechos de sus leales compatriotas los llena de su alma , y así paran el torrente del frances espantador. Bramó y torcióse con violencia á todas partes viendo la oposicion de aquellos altos cuerpos , que arrimados á las paredes de Zaragoza reprimen sus ímpetus con la insuperable barrera de sus brazos. Cruzándose estos los unos con los otros forman una estrecha malla , y caen allí envueltos los tigres sangrientos que la tocan. La rabia y el despecho suceden al furor , y destrozados por do quiera los esclavos imperiales hieren la negra corneta del degüello. Oyena serenos los nietos de D. Jayme , y pensando se les inflamaba á la matanza de franceses , cargan mas de recio contra ellos , los arrojan y despedazan , dexando cada frances re-

gado con su sangre el terreno que holló su inmunda planta.

¡Que no le viera entonces su grande Emperador! ¡Con cuánta confianza le diria como otro tiempo en los campos de Austerlitz, *si queda satisfecho de su esfuerzo!* La niñez zaragozana, que sin conocer el peligro sigue á los ínclitos guerreros en su marcha, corre por entre el fuego y el hierro auxiliándolos con municiones y refrescos: las inalterables matronas que desnudas del sexô fragil alientan á los maridos, los acompañan en la lid, atan sus heridas y los envian por otras; muertos ellos ocupan su puesto, disparan el fusil y sirven el cañon á la vista del consorte traspasado: las bizarras doncellas que á par de los amantes presentan su rostro varonil al enemigo, penetran su línea y le cierran en su campo: estos nuevos é ilustres campeones contarán la infame retirada de un ejército que debió dar-

*

se por vencido , no habiendo salido vencedor. Con ocho horas de lucha sangrienta y porfiada ño ganó en el dilatado campo del Toro un palmo de tierra que no se pagase con una cabeza ultramontana , y el intrépido ginete fué el primero en volver la espalda temerosa. El puede ser taimado , fementido , cruel, encarnizado ; pero es tímido y cobarde : sueña grandes cosas si nadie le resiste : acomete frenético á los débiles y flojos , al paso que huye rápidamente de los robustos y fuertes. ¿Quándo vimos retirarse un ejército vencedor de muchos años? Pues ved esos regimientos , esas columnas vencedoras y espertos generales buscar aturridos los cláustros de Santa Fe , desechos por un corto número de paisanos sin trincheras , sin baluártes , sin gefes ni otro escudo mas que su firmeza. Ellos entonaron tranquilamente el canto de victoria , mientras la pesadumbre del vencimiento acongoja al frances en su desayre.

Mas el genio de Palafox ya ha dado un vuelo; Aragon exáltado con tan feliz auspicio, animados los Zaragozaños con la palma del triunfo, de hoy mas no se armarán de espada y lanza; armaránse de sí mismos, de su gran valor y de su espíritu, y el mensage que llevó al tirano la nueva de su humillacion, debió llevar el luto á las infaustas madres de la Francia. Llorad desventuradas, que las amenas riberas del Ebro se convierten en sepulcros para vuestros hijos malhadados, que envidiosos de nuestra felicidad y mas codiciosos de riqueza, siguen encantados las águilas ominosas del tirano. Vosotras os gozasteis un dia esperando tener parte en el despojo; y vuestros hijos ya no tornarán. Palafox lo juró, y sus patriotas injuriados lo firmaron; y en tanto que el genio del mal desde la fortaleza de Pamplona apresta con su formidable artillería la desolacion de Zaragoza; los invictos

ciudadanos que la guardan abren hondas zanjias para envolver falanges enemigas. ¿Con qué solicitud preparan los medios posibles de defensa? No se cierran brechas, ni reparan almenas, ni levantan torreones: se ejercitan manos, se afilan cuchillos, acicalan espadas, arman fusiles, montan cañones, forjan balas, previenen cartuchos, rejas y balcones se convierten en metralla. La patria manda imperiosamente, y todos la obedecen; todos dexan el reposo y la comodidad, la diversion y el sueño; todos espenden sus caudales, no hay ricos ni pobres; todos son vasallos de Fernando, vengadores de la Religion y restauradores de la Patria. Todos allí trabajan y alivian sus fatigas con la esperanza de ser libres, con el recuerdo del desgraciado Monarca, y con la presencia de su benéfica patrona. ¿Qué espectáculo tan tierno ver á los sencillos labradores, que cansados del azadon y del

arma toman el retrato de su Rey y la imágen de la Virgen, los besan cordiales, y ofreciéndoles sus vidas vuelven confortados al trabajo? Injusto usurpador, que desde tu silla condenas á muerte con frialdad huestes enteras de esclavos alucinados, ¿quándo tuviste ciudadanos tan leales como Fernando en su prision? Ese Rey en su cautiverio es mas poderoso que tú cercando de un millon de combatientes, con otro mas de espectros horrosos de los que condenaste á tu ambicion. Ese ilustre prisionero aniquila tus grandes foragidos que con tu arte derribaron tantos solios. Fernando en la cárcel enciende la hoguera que te ha de abrasar, y mina los cimientos de tu trono levantado sobre cadáveres franceses: sus manes vengativos vuelan de pais en pais, de reyno en reyno, y cruzando los mares anuncian en los últimos confines del mundo tu alevosía con un príncipe inocente,

la violacion de la alianza, y tambien la afrenta de tus tropas acosadas por quadrillas de colonos en las gloriosas eras de Zaragoza.

¡Afortunados campos, si Napoleon supiese respetar las virtudes que criais, y los héroes que formais en vuestro seno! ¡Campos consagrados, si las impías legiones de un ateo no os profanasen con su sangre envilecida! Empero ellas protegidas del cañon, su Dios horrible corren furibundas contra las puertas del pueblo que impertérito las mira. Torrentes de fuego inundan precipitados las llanuras de Zaragoza, superan los portales, y arrasan las calles, faltando á los pies del defensor que con la imagen de la Pátria en su seno camina impávido entre las ruinas y las llamas. Al estrépitoso batir de cien cañones los palacios, los templos, las torres encumbradas, y aun los fundamentos se estremecen, las granadas se cruzan con las bombas, llevando á todas partes el horror y el

esterminio: é igual en todas partes resiste el ardiente Ciudadano, que solo atiende al clamor del enemigo para alcanzarle y devorarle. Desaparece un batallon y otro mas, y suceden otros con mayor sed y mayor furia, y no pudiendo abrir brecha en el doble pecho Zaragozano, abaten el vuelo las ánguilas feroces que un tiempo se sentaron ufanas en las fortalezas de Dantzic. ¿Dónde está el arrojo de aquellas tropas orgullosas que en cada diario traspasan rios, superan montes, destrozan exércitos, conquistan plazas, subyugan provincias amenazando llevar sus banderas triunfantes hasta la region de la luna? No hay arte, no hay valor contra un Ciudadano magnánimo y constante que á los umbrales de su casa defiende al hijo y á la esposa; siendo la esposa y el hijo los primeros á sostenerle en la pelea y sucederle en el peligro. ¡O grandes almas! ¡O patriotas inmortales! ¿Quién os siguiéra en los afa-

nes y os consolára en vuestras perdidas? ¿Quién fuera el dichoso que confundido con vosotros mezclase su polvo y sudor con vuestro sudor y vuestro polvo? el que en medio de las privaciones, en la tolerancia de la sed y de la hambre, en la miserable avenida de males é infelicidad del asedio escuchase de vuestra boca la expresion del heroísmo, quando pasado el General de vuestra desnudez, le respondisteis: Señor, que nuestras carnes se visten de gloria, vestid, ó Padre justo de los hombres, vestid con el precioso don de la inmortalidad esos cuerpos acrisolados con el fuego de la tribulacion. Vestidlos con vuestro escudo; porque el feroz enemigo cansado de lides, aquejado con su infamia, y desesperado de postrar las fuerzas de esa gente heróica, dobla sus huestes y las redobla, y atacando â Zaragoza con todo el poder de sus máquinas destructoras señala el 4 de Agosto para hacerla escombros y regarlos con sangre de Aragon.

Que se tome á Zaragoza, rugió el tirano desde el seguro de Bayona, y con señales de muerte se anunció el rugido en las alturas del Pirineo, y llevándose espantoso por los llanos de la Capital sitiada atronó las pueblos comarcanos. Vieron estos el apartado tren de artillería, y carros preñados de metralla con que el atrevido Lefebre apresuraba la execucion del cruel edicto. El Sol enfrenando los caballos hubiera querido descontarle de su curso, y quedar en los brazos de su madre por no ver los horrores, y la mortandad de este aciago dia. ¿Y quién no habia de temblar por la suerte de aquella firme roca que inmóvil dos meses en medio de las llamas resistió su voracidad y las erupciones de tantos volcanes quantas baterías la cercaban? ¿Quién no temblaría en la situacion apurada de un pueblo incomparable que falto de alimentos y recursos oye las fieras amenazas, y ve los infernales

designios del enemigo, y lo desprecia apoyado no mas que en su entusiasmo? Un sudor helado cubre á las tropas sitiadoras y á los gefes que fiaron á la suerte su desgracia. En aquella noche pavorosa el Ciudadano buscaba al Ciudadano, el padre llamaba al hijo, el marido se despedia de su esposa, el amigo iba con el amigo á los umbrales de la Religion, y en sus aras juraron morir mil veces primero que faltar á sus deberes, primero que entregarla: y sin escuchar los sentimientos naturales anhelando por la palma que en el dia 4 de Agosto les ofrece la Providencia, marcharon confiados hácia el campo. Abrióle Marte sanguinario al estrago y al furor: hinche la esfera con clamores de guerra, y los cañones responden con mortal estampido que resuena bramando hasta las columnas herculanas. Las bombas arrojadas con rencor alcanzan á las bombas hundiendo á Zaragoza; crugen los techos y

se abren de alto abaxo, las torres contrastadas de mil rayos se desploman; la bala roja ¿qué haces bárbaro ingeniero? asestada contra el sagrado del hospital levanta un voráz incendio; despavoridos saltan los enfermos de sus camas, y corren desnudos por las calles huyendo de las llamas. ¡Qué aflicción para el hermano que no puede consolarlos sin dar paso al enemigo! Este asalta furibundo las ruinas y se envuelve; crece la confusión y crece la matanza; la espada bate con la espada, los fuegos luchan encontrados, las balas dan con balas, mueren patriotas sobre patriotas, y vienen otros palpitando á espirar su sangre con sangre de franceses. Ellos bufando de corage rompen el apiñado tropel de defensores, y corriendo por las plazas cantaban engreidos: ¡Zaragoza nuestra, Zaragoza nuestra! ¡Infames! ¡Zaragoza la libre, la leal, la generosa; Zaragoza de esclavos? Zaragoza es de Fernando. Zaragoza-

za es de ese terrible Ciudadano que os apremia con su lanza, y os destruye con su fuego. Temblaron los robustos, hundieronse qual juncos los gigantes baxo la recia tempestad de balas sacudidas con rabia en sus morriones. Cada plaza se gana como un campo, cada calle se defiende como un real, cada casa se toma como una fortaleza, cada balcon es una batería, cada ventana un rio de fuego por donde la muerte se precipita hácia el contrario. ¿Qué es esto? esclama Lefebre consternado. Es preciso batallar de casa á casa y de ventana á ventana. Eso es batallar con hombres que conocen y quieren mantener la grandeza de su ser y la dignidad del Estado; el bien preciado de la libertad y los fueros sagrados de la Religion: eso es batallar con Aragoneses tenaces en su justo propósito, que luego te harán guerra de sala en sala y de estrado en estrado. Porque los ardientes patriotas viendo al frances seño-

reado de un lienzo de casas acorren por el opuesto, y rompiendo tabiques, y cruzando piezas van fuera de sí en busca de los viles enemigos, que aterrados con la muerte del cuchillo Zaragozano, se derrumban á bandadas por techos y balcones. Á otros arrancados del asilo y resbalando en propia sangre los empujan al suplicio: unos exhalan el último aliento envueltos en humo y llamas, heridos aquellos con la lanza mueren maldiciendo de su suerte y del tirano. Morid indignos, y al paso decid al Emperador que Lefebre tomó en Zaragoza los despejos del fuego. Aun en ellos no se creyó seguro: y para dar un eterno testimonio de su cobardía y del valor de los invictos defensores á la misma capital, al ínclito Aragon, á la España, á las naciones Européas, y á todo el universo, desde el cuartel de Santa Engracia, esto es dentro de Zaragoza, pide el conquistador de Zaragoza, *„Paz y Capi-*

tulacion.” “*Guerra y Cuchillo*” responde Palafox de Zaragoza: guerra y cuchillo repiten los valientes de San Pablo y los esforzados de la Magdalena: guerra y cuchillo, trueno toda Zaragoza; guerra y cuchillo al frances abominable que perdida la color, y con dolores de muerte huyó al favor de las tinieblas; siguiendole el oprobio y la maldicion: el llanto y los ayes de los moribundos fueron delante á prevenir á la Francia el éxito fatal de su empresa temeraria.

Quien vió una vez el Sol despues de negra borrasca alzarse luminoso, vestir los montes de luz y los prados de hermosura, y llenar de esplendor los senos de la tierra alegrando á todos los vivientes; tal contempla la triunfante Zaragoza levantar su frente coronada de laureles, y dilatarse magestuosa, ilustrando los últimos ángulos del orbe con los resplandores de su gloria. Enarbolado el estandarte de la liber-

tad sobre sus escombros venerables rayó por primera vez á las Naciones el dia suspirado de Salvacion. Los hijos del Marte Aragonés, dexando el agradable reposo de sus casas, vinieron ansiosos de honor y de venganza á cubrir los campos de la Victoria y á ocupar aquellos asientos de fortaleza que dexaron los héroes beneméritos de la patria. Su sangre fecunda produce gallardos combatientes, émulos de la lealtad y del valor de sus augustos predecesores. Al verlos en la palestra las matronas Zaragozanas, alegres con la nueva generacion de guerreros cerraron las vestiduras lúgubres de luto, presentándose adornadas de gala como en el dia festivo de sus bodas. Ellas les muestran los trofeos, y señalan los sitios del combate, y cuentan las facciones memorables, y descubren el árduo sendero de la inmortalidad: enseñando sus honrosas cicatrices, con estas compañeras, les decian, entrará el Es-

pañol en el templo de la gloria. Otras igualmente alentadas corrian al lado del esposo las pomposas alamedas y hermosos olivares, fruto querido de su afan y largos años, y tomando la segur movidas del patriotismo cortan de un golpe su gozo y su esperanza. Aquellas menos afortunadas, aunque todavia mas constantes, despues de haber tolerado la calamidad de la hambre á vista de una mies copiosa, visitaban las posesiones asoladas por la guerra, y viendo su familia condenada á la indigencia, y añadiendo á los pasados este nuevo sacrificio de amargura, buscan la subsistencia en el trabajo. Estas que con la muerte del marido lo perdieron todo, acuden con sus hijos á fortificar la ciudad, y con estos brazos débiles y otros incapáces de tomar las armas se construyeron en dos meses obras admirables, sino sólidas mas permanentes que las fortalezas de primer orden.

Entre tanto los briosos campeones que la actividad de Palafox habia disciplinado en breves dias, irritados con la memoria de los males que imprimió el Frances en Zaragoza, se afanaban á encontrarle oculto en los nidos que previno con fraude y con malicia. El incansable General revistando sus bizarras tropas veia con placer en cada soldado su imágen reproducida, un modelo de virtudes patrióticas y militares, y un apoyo de la Pátria; gozando en idea del gran dia que pensaba dar á la España que le contempla, y á su Rey cautivo que le espera. Y tu infeliz Fernando, tu habrias sentido los fieles Zaragozaños, la juventud aragonesa, y un millon de amantes españoles subir á las puertas bronceadas de tu prision, quebrantarlas con brazo poderoso, y rompiendo con ira tus cadenas traer atado á tu carroza al autor de tu opresion. Enconada la furia de Bonaparte con una es-

*

pecie tan ingrata se remonta á la capciosa cueva de Erfurt, en donde revolviendo sus negras artes solicita las mismas potencias ofendidas para sujetar con su ayuda á la España inconquistable por ejércitos franceses. ¡ Monarcas Europeos! ¿ hasta cuándo sufrireis la petulancia de ese hombre insolente y engañador? Los ánimos del Norte alestargados nuevamente franquearon libre paso á los vencedores de Eylan, que á modo de langostas baxaron á echarse sobre España. Pero á España no entra frances protegido tan solo de sus armas. Vieron los peñascos de Roncesvalles salpicados aun con la sangre de los nobles que Carlo-Magno sacrificó á sus locas pretensiones: los vieron y turbados con la horrible mies de espadas, que al presente cerraba la puerta á sus conatos, desmayaron á su vista. Empero la desgracia aceleró el aciago dia 23 de Noviembre: dia de exêcracion que obscureció nuestras glo-

rias anteriores, malogró tantas fatigas, llenó la Pátria de amargura, y de afliccion á todos los buenos, dispersando en pocas horas un ejército florido que llevaba en su mano la alegría de dos mundos. ¡Día infausto para tí, invencible Zaragoza! hoy se renueva la série deplorable de tus desastres; hoy se repiten las escenas de horror y muerte en tus llanuras, hoy se ofrecen á tus hijos nuevos blasones donde labren las empresas del valor.

Quan rápidas cunden las voraces llamas impelidas del Euro violento prendiendo en secas mieses, se arrojaron y aun mas los veteranos de Napoleon azotados con el crudo latigo de las furias infernales, que vibrando serpientes á dos manos los aquejan y enfurecen contra los pueblos Españoles. Altamente resentidos de la afrenta recibida en Zaragoza parten allá los acreditados bandidos del Norte, y creyendo llegar y entrar sin resisten-

cia , observan las obras de defensa, y contemplan desabridos su maravillosa transformación. Al mismo tiempo atropellan y acosan nuestro ejército de Galicia, superan la aspereza de Guadarrama, y cruzando por Somosierra penetran hasta las puertas de Madrid, y atacadas reciamente este pueblo fiel y valeroso confiado á la pericia del primer tactico de Europa recibe por su traidora mano las cadenas del duro cautiverio. Ufano Bonaparte con el feliz suceso de sus tramas indecentes, vuelve á los antiguos planes que dos meses antes le rasgó la turba de Españoles *sediciosos é insurgentes*. Sus vándalos ocupan los campos de la Mancha, amagan á la Andalucía, envuelven las huestes de los aliados, traspasan las montañas de Leon, se estienden por Galicia; y satisfecha al parecer la vanidad de Napoleon da la vuelta á Paris cargado de conquistas: y aquellos padres reconocidos á la media pala-

bra que les cumplió su Emperador, le decretaron una acción solemnísimas de gracias por la venturosa y ansiada ocupación de España y de las Indias. ¡Cuán triste lienzo y cuán amargo es el que España presenta á nuestros ojos en el nebuloso mes de Enero de 1809! ¡Qué agitación en todo el Reyno! ¡Qué consternación en los pueblos! ¡Qué terror en las familias! ¡Qué inquietud en los ánimos! Se nos cayeron las alas del corazón quando supimos que el enemigo estaba derramado por la Navarra y las provincias Vascongadas, invadidas nuevamente las Castillas, apagado y casi muerto su espíritu, la Capital dominada, el Gobierno obligado á buscar su seguridad, señoreada la Galicia, ocupados sus puertos y arsenales, la Cataluña agoviada con tanta calamidad, sus tropas rotas y dispersas, Valencia conmovida con la pavorosa expectación, los andaluces atentos á procurar su defensa bus-

cando remedio á tamaños infortunios, la cabala y la intriga desveladas en perdernos, presagiando todo un éxito lastimoso y trágico fin á nuestra Pátria. ¡Qué dudas! ¡Qué incertidumbre! ¡Qué turbacion! Nuestros hermanos abandonan sus hogares, las Ciudades quedan solitarias; los ministros del Señor y sus Vírgenes cubren los caminos huyendo al asilo de los montes y de las cabernas; todo es silencio y pavor, Zaragoza únicamente nos sostiene. Los hombres de bien allí volvian sus ojos; allí ponian su firme confianza; de allí esperaban la salud del Estado y la futura felicidad de las naciones.

Zaragoza aislada en la adversidad y en el peligro, bloqueada por los mas diestros y osados generales, domadores de los nietos de Teresa, de Federico y del Gran Pedro, refrena sus diabolicos furores. La sangre brotó á rios en sus campos, los fosos se llenaron de ca-

dáveres franceses , y ella burlándose del cañon y de la espada con un puño de guerreros osó poner sitio á los mismos sitiadores. Si los acomete los destroza ; si los espera los confunde ; hora envestida, hora envistiendo , siempre vence y triunfa de la ferocidad enemiga. Las órdenes sangrientas del tirano estrechan á los gefes ; quatro de los mas afamados se cansan y retiran ; las columnas desaparecen ; las huestes carniceras giran en torno de la plaza como lobos : los fuegos son interminables , sucesivos los ataques ; las bombas y granadas llueven de continuo sobre ella : el campo Zaragozano es imágen viva del infierno. No dirian sino que los fieros hermanos de Luzbel , obstinados en el empeño estravagante de combatir á los fuertes de Jeoba , se lanzaron á la tierra vestidos de franceses para derribar la firmeza de la excelsa Zaragoza.

Empero Zaragoza vive y vivirá

sostenida por un caudillo que no conoce otra pasión que el amor de su Rey y de su Pátria; por un caudillo que no descansa en hombros ajenos, sí en los hombros de su tropa, y no tropa de esclavos, sino de honrados y buenos ciudadanos: de ciudadanos que se olvidan de sí mismos, despreciando con indignación las utilidades, los fueros, las ventajas y promesas oídas mil veces del contrario y exâgeradas con calor, solícitos no mas que de la Pátria; que sienten sus heridas y miembros destrozados y anhelan á la venganza: ciudadanos amantes de su Monarca justo que lloran cautivado solo por haber nacido Rey, y sus lamentos los hieren con mas viveza que el plomo disparado contra el pecho: ciudadanos que arden en zelo de su religion; y á vista de esa raza detestable que rasgó su velo celestial, condenó sus fieles adoradores, profanó indignamente los templos, despedazó las imágenes y ho-

lló con vituperio el Sacramento, se irritan santamente, sin hacer caso de los propios males por esterminar esos monstruos, degradacion y oprobio de los hombres. Zaragoza vivirá con unos defensores que no nacieron para ellos, sino para defensa del Estado; que hicieron sacrificio voluntario de haciendas y vidas por la conservacion del Estado; que saben apreciar la dichosa libertad, esa libertad que obedece á las leyes, y cultiva los campos, y siega las mieses; que pesan los hierros de la esclavitud, y por romperlos sufrirán gustosos las calamidades de la guerra, los horrores de un asedio, la crueldad de la hambre, los estragos de un contagio, y todo lo perderán, riquezas, hijos y vidas, porque saben tolerarlo todo con rostro firme, y no saben sujetarse al despotismo. No sé rendirme, grita Palafox sacando su inmortal cabeza por entre las ruinas y globos encendidos: no sé ren-

dirme, quando todo se rendia á los superiores esfuerzos del tirano; no sé rendirme, quando cayendo columnas sobre columnas enemigas, se veian cubiertos los campos con nuevos regimientos de refresco: no sé rendirme, quando la festidéz sola de tanta carne incircumcisa bastaba á postrar los cuerpos mas robustos: no sé rendirme, quando destruidas sus baterías con millares de víctimas asomaban esquadrones enteros á los umbrales de Zaragoza: no sé rendirme quando el enemigo sacrificada la flor de sus legiones rehusa presentarse cuerpo á cuerpo, y el tirano manda hacer la guerra con minas y con bombas: no sé rendirme, quando la muerte desapiadada acosa al afligido Ciudadano en las calles, en su casa y en el lecho, en la lid y en el descanso, de dia y de noche, á todas horas y en los sitios mas defendidos: no sé rendirme, quando los fundamentos de Zaragoza estremecidos sé rendian: no sé rendir-

me, porque mis padres me dexaron vinculada la independencia, porque he nacido libre, porque he vivido en pueblo libre, porque he jurado defender este sagrado derecho para mí, para mis hijos y descendientes, para mi noble pueblo, para mi Pátria y para todos los hombres que conozcan la elevacion de su ser y de su origen. No sé rendirme, porque no sé pactar con los primogénitos del fraude y del engaño, con los que niegan y desprecian la fe de los tratados, desconocen los derechos sociales, y los quebrantan con descaro, abusando de ellos para la iniquidad. No sé temer, no sé rendirme; despues de muerto trataremos de eso. ¡O inflexible Palafox! despues de muerto se alzará tu grande alma, y combatirá á los tiranos en su trono, y persiguirá á los enemigos de tu Pátria, á los infames traidores que la han perdido, á los mezquinos egoístas que no la han amparado, y

á los débiles y cobardes que la huviesen rendido.

Al corazon mas animoso parecia imposible llevar adelante la resistencia de un sitio apretado con atrocidad propia solo de franceses, se consideraba la apurada y triste situacion de aquel agosto pueblo, no se descubria medio de socorrerle en su terrible aprieto, el verdadero Español compadecia la suerte lamentable de aquella gente armada, quando un patriota Aragones exclamó con sublime entusiasmo: *Zaragoza no se rinde siendo Dios neutral.* Pues porque será que este Dios justo enviando sobre ella un mortífero contagio, parece declararse contra el pueblo de Fernando, contra el pueblo de la Pátria, contra el pueblo de la Religion, columna de la Iglesia y del cristianismo. Merecido lo tendría, respondió algun insensato. Perezca para siempre esta voz, perezca una espresion injuriosa á nuestros respetables bien hecho-

res, injuriosa á la misma providencia. A la calamidad de una guerra destructora, es cierto, porque el cielo así prueba á los justos; á los estragos del fuego, á la violencia de la hambre, á la mortandad horrible del cañon se añade en fin la calamitosa plaga del contagio, devorando éste lo que perdonó el furor de Marte. Los edificios menos destruidos son otros tantos hospitales donde la muerte sañuda ejerce su dominio sin compasion. El padre socorriendo al hijo es asaltado súbitamente, y desfallece; la esposa que asiste al dulce esposo encuentra la muerte en su regazo. Corre el inocente niño á las caricias de la madre, y con su aliento bebe el letal veneno. El amigo consolando al amigo siente el golpe mortal y muere entre sus brazos. Acá y allá, y por todas partes tiende la muerte su implacable mano, hundiendo en el sepulcro víctimas presentadas sin queja en las aras de la Pátria.

La horfandad y la viudéz ocupan las mansiones silenciosas, donde poco antes descansó el valor: y el bárbaro enemigo que ya vive en la destruida Zaragoza, minando y asolando los pocos edificios que estan en pie, sin encontrar mas que Ciudadanos cadavéricos, y enfermos moribundos, se refuerza con diez y siete mil de su tropa mas selecta para entrar dominando en aquella ínclita Capital, que privada de sus mas acerrimos defensores, enlutada con la muerte de sus mas bizarros gefes, desamparada de su magnánimo General, entonces moribundo, sin brazos, sin fuerza, sin municiones, sin víveres, sin un punto de apoyo, con solo su nombre y magestad, y con la sombra de sus héroes reprime por tres dias la inhumana ferocidad de dos nuevos mariscales, Lanes y Junot, que teñidos de sangre, y allanando lo insuperable del camino con rios de ardiente lava, llegan al fin de siete me-

ses de horrible carnicería á pisar las tremendas ruinas de la heróica Zaragoza, santuario del valor y de la constancia.

¿Y que aun hubiese sacrílego que dixera: *Que ha hecho Zaragoza?* ¿Qué ha echo? Conservar tu inútil y dañosa exístencia para peso de la madre Pátria y oprobio del nombre Español. ¿Qué ha hecho Zaragoza? Sujetar á disciplina aquella tropa varia que en la expedicion de Tudela perdió el órden, la formacion y la obediencia, enfrenando los quarenta mil veteranos que habrian arrasado los jardines del Turia y las palmas del Segura. ¿Qué hizo Zaragoza? Enseñar á su tropa á mantener las armas horas y dias, y noches enteras con nieve á media pierna, sin comer, ni beber, ni descansar, rompiendo los puñales que iban á clavarse en nuestros pechos. ¿Qué hizo Zaragoza? Aniquilar con su espada de dos filos aquellos bárbaros sultanes que traian la marca de

esclavitud para estamparla en nuestra frente, impidiendo la ruina entera de España con el sufrimiento del sitio mas atróz que se ha visto. ¿Qué hizo Zaragoza? Desesperar con su terrible resistencia á dos Mariscales, que auxiliando los proyectos de Victor sobre el Tajo, habrian superado la sierra. Esto hacía Zaragoza; mientras que la impotencia, la debilidad, la ignorancia y la perfidia se estaban con los brazos cruzados contemplando esterilmente los portentos de su valor. Y si nada hizo la guarnicion Zaragozana ¿en qué pensaban aquellos guerreros que airados y frenéticos se revolvian al rededor de aquella plaza, que abierta por todas partes los provocaba al goce de la presa? ¿Tan poco respetaban las órdenes imperiosas del tirano? ¿Tan poco apreciaban su reputacion militar y la gloria de sus hazañas, que desesperados de entrar á Zaragoza cediesen aquella honra á otros adalides, ó por mas

atrevidos ó mas bárbaros? ¿Mas qué decia Lanes acelerando su marcha á Zaragoza? ¿Qué pregonaba para terror y espanto de los pueblos oprimidos? *Que todo estaba hecho rendida Zaragoza*: aherrojada Navarra, dominadas las Asturias, Galicia domada, preso Leon, las Castillas sujetas, Extremadura exâusta, la Bética sofocada, Valencia y Murcia temblando, Cataluña tiranizada. Todo estaba hecho: el intruso Rey sentado en la capital; los sabios de la corte faltos de ánimo á consejo le seguian; los torvos doctores afectando espíritu profético interpretaban los altos juicios de Dios y de su incomprensible providencia, los bastones mas firmes vacilaban, y las espadas se caian de las manos. Todo estaba hecho; pero Zaragoza ya no es mas que un panteon.

De allí, de lo interior de aquellas tumbas respetuosas sale un oráculo terrible que anuncia nuestros destinos venideros. „Españoles, el en-

*

viado del infierno ha destruido los pechos inespugnables de los patriotas Zaragozanos; mas no pudo triunfar de sus inmortales guerreros. Nosotros hemos caído en manos del Dios de bondad, y libres de la vara opresora del tirano bendecimos nuestra suerte. Sentados en las moradas de la paz y de la gloria al lado de nuestros ilustres progenitores recibimos el premio deseado de esta larga carrera; porque fieles á Dios, leales al Monarca, agradecidos á la Pátria defendimos la santidad de las leyes, los derechos de la Corona, la integridad del Estado, la pureza de los matrimonios, el decoro de las vírgenes, la vida de nuestros hermanos, sus propiedades, sus hogares, su seguridad, su independendencia. ¡Ay de vosotros! si sordos á esta voz no seguís la única senda que os indica nuestro exemplo. Vosotros apurareis el cáliz de amargura que el tirano os tiene preparado. Vosotros le vereis con su espada

formidable caer en vuestros cuellos: el marido morirá delante de la esposa, y ella sobre su espalda; sacrificará la doncella á presencia del anciano padre, y el padre manchado con su sangre espirará fuera de su lecho. Los hijos arrancados del seno de las madres irán con los brazos atados delante del verdugo para befa y escarnio del atribulador de las naciones. Y la madre España, la señora del mundo, la depositaria del valor y de la prudencia, el baluarte de la libertad, la flor del cristianismo, el sagrario de la Religion, el ojo derecho de Dios, taladas sus fértiles campiñas, demolidas sus ciudades, arrasados sus templo, tributaria del tirano, esclava de la Francia, sin magestad, sin honor, y sin nombre yacerá perdida en el olvido. Esto temieron los patriarcas de la santa libertad, y prefirieron una muerte cierta al temor de la deshonor dudosa, dexándonos grandes exemplos que seguir, si queremos establecer la seguridad de

los tronos, la gloria de la religion, y
 terminar felizmente una guerra en
 que va nada menos que el ser de
 los hombres.



FIN.

